LOS MALVADOS HUYEN

HARRY HARRISON

—Vino rosso, un mezzo.

El vino tenia un sabor acre y denso que traía reminiscencias del polvo que se levantaba de la calle sin pavimentar, allí, fuera de la diminuta taberna. *Vini e Bebite,* decía el cartel cintado toscamente sobre la puerta. Vino y bebidas. El vino, de la cosecha local, las bebidas. Ponzoñosos brebajes coloreados en botellas de vidrios arañados. Fuera el sol brillaba restallante sobre las blanqueadas paredes de las casas. Birbante vació el vaso y lo llenó nuevamente con la botella de medio litro. Valiente, dijo, y el dueño, sacándole brillo a un vaso, y con el rostro sombrío sumido en una expresión de depresión constante, gruñó una respuesta que podría haber sido de asentimiento. Los tres hombres que se encorvaban sobre la pequeña mesa junto a la pared tenían la atención concentrada en el ajado mazo de cartas, extrañamente dibujadas, con las que jugaban.

Chiomonte era como cualquier otro pequeño pueblo italiano alejado de los caminos principales. Un solo camino, que también era la calle principal, conducía a él. Un pueblo aislado receloso de los extraños, la mente de sus habitantes tan bloqueada para el mundo exterior como bloqueado estaba el valle por las montañas que lo rodeaban. Golpeado por la pobreza, sin atractivos, no era lugar donde alguien pudiera detenerse más que por unos pocos minutos. Pero Birbante tenía buenos motivos para estar allí; él podía estar en cualquier lugar. Tomó un poco más de vino y luego, con la mano extendida sobre el mostrador, miró su reloj. Era casi mediodía. Cuando lo rozó con la punta del dedo el cuadrante se hizo transparente, revelando la presencia de otros cuadrantes y de un indicador con luces de colores. Nada había cambiado. Narciso no estaba cerca.

Sin embargo, no podía estar lejos. Los instrumentos que guardaba en el coche—el reloj era tan sólo un repetidor—se lo decían. Además, casi podía sentir su presencia; una facultad que había desarrollado después de años de perseguir a aquellos que no deseaban ser encontrados. Narciso había ganado más distancia que cualquier otro y había estado en libertad mucho más tiempo, pero eso no importaba. Birbante nunca había fracasado. No fracasaría ahora, con la ayuda de Cristo. Con los dedos rozó el bulto bajo su camisa, el crucifijo que allí colgaba. Encontraría a Narciso.

—Quisiera llevarme un litro de esto.

El dueño de la taberna lo miró de arriba a abajo con disgusto, como si el pedido fuera algo insólito.

—¿Tiene una botella?

—No, no tengo una botella —respondió Birbante con paciencia.

—Creo que aquí tengo una. Tendrá que pagar un depósito de cincuenta liras.

Birbante hizo un fatigado gesto de aceptación ante el pequeño hurto y luego se dedicó a observar mientras desde la trastienda surgía una botella polvorienta. Alguien la lavó con descuido bajo el grifo y luego, con un estropeado embudo, la llenó con el vino de una gran damajuana cubierta de mimbre. Fue coronada con un corcho ennegrecido. Birbante desparramó algunas monedas sobre el mostrador manchado y, cuando el dueño se extendió para alcanzarlas, le colocó a su lado una fotografía en colores.

—¿Conoce a este hombre?—preguntó.

El dueño recogió las monedas, una por una, ignorando al hombre de la fotografía, adusto, de cabello negro, corto e hirsuto y transparentes ojos azules.

—Mi primo —dijo Birbante—. Hace años que no lo veo. He oído que está por aquí cerca. Murió un tío, le dejó algo de dinero, no mucho, pero sé que querrá tenerlo. A cualquiera le viene bien el dinero. ¿No sabe dónde
está?

Mientras hablaba, Birbante sacó disimuladamente un arrollado billete de diez mil liras del bolsillo de su camisa, lo desplegó lentamente sobre el mostrador y lo dejó allí. El dueño miró el billete, luego a Birbante, quien pudo sentir que la mirada de los jugadores también estaba sobre él.

—No lo vi nunca.

—Es una lástima. Hay dinero de por medio.

Birbante plegó el billete, lo introdujo nuevamente en el bolsillo, tomó la botella y se marchó. El sol quemaba con una presión casi física; hurgó en el bolsillo del pantalón en busca de las gafas de sol y se las puso. Esa gente no se traicionaba. Si consideraban a Narciso como a uno de ellos, nunca lo delatarían ante un extraño. Es decir, no directamente.

El rojo brillante del convertible Alfa Romeo era el único toque de color en la calle blanqueada. Birbante empujó el vino debajo del asiento para que estuviera a la sombra y atravesó el sendero de guijarros desparejos hacia la oscura entrada de lo que parecía ser un almacén. No tenía letrero ni vidriera y tampoco los necesitaba; cualquiera en el pueblo sabría que ese era el almacén. Junto a la puerta había un lío de cuerdas y en la entrada colgaban algunas ristras de pimientos rojos. Birbante se abrió paso y pestañeó en la penumbra del interior. La mujer, vestida de negro, tenia el mismo aspecto sombrío e informe que la mercadería. No le devolvió el saludo y en silencio reunió los artículos que había pedido. Una horma de queso y una pequeña rodaja de pan de corteza gruesa. Los barriles de aceitunas despedían un olor a rancio y Bilbante los rechazó. Todo el tiempo permaneció en donde pudiera controlar la puerta de la taberna.

Uno de los viejos jugadores salió y se alejó dificultosamente calle abajo.

Era un buen augurio. Si Narciso estaba cerca y se informaba de su presencia, la cacería estaba a punto de concluir. El detector no era muy fiel en distancias cortas y sólo podía decirle que el hombre que buscaba estaba en algún lugar en un radio de diez a veinte kilómetros. Pero si Narciso sabía que le estaban buscando, la situación cambiaría radicalmente. Se sentiría atemorizado, inquieto, desdichado, poseído por alguna emoción violenta. Cuando eso ocurriera el detector, templado según el modelo neurológico de su cerebro, lo detectaría inmediatamente.

Birbante miraba hacia adelante mientras regresaba al coche. pero cuando se sentó pudo observar en el espejo la calle que se extendía detrás. El viejo miró en dirección a él una vez y luego entró en una de las casas. Birbante colocó las provisiones debajo del asiento, junto al vino, y puso el motor en marcha. Hizo estos movimientos tan lentamente como le fue posible y fue recompensado por la aparición de un muchachito que salió de la misma puerta por la que había entrado el hombre. El muchacho pasó junto al coche corriendo, manteniendo la vista al frente.

Algo imposible, pensó Birbante, y el coche arrancó. Ningún muchacho italiano, cualquiera fuera su edad, podía pasar junto a un lustroso automóvil rojo como ése sin examinarlo de parachoques a parachoques. El muchacho llevaba un mensaje y el mensaje se refería a él. Narciso no podía estar lejos. Retrocedió por una callejuela angosta y giró para regresar hacia donde había partido. Lejos del muchacho. Sus instrumentos le dirían todo lo que necesitaba saber.

A medida que bordeaba el Valle, el camino se volvía zigzagueante; en uno de los recodos había descubierto un ancho espacio sombreado por algunos árboles. Se dirigió hacia allí y estacionó. Con el motor apagado, el placentero silencio sólo era interrumpido por el zumbido distante de los insectos. El valle se abría ante él, con tonos grises y pardos en su mayoría; los ralos campos verdes se extendían a ambos lados del pueblo. Chiomonte mismo lucía mucho mejor a esa distancia, con la rosada cúpula de su iglesia elevándose por encima de los edificios blancos. La pobreza y la suciedad no eran visibles. El suelo había sido pobre desde un principio y ahora estaba agostado por siglos de agricultura intensiva. Birbante bebió un buen trago de vino, cortó algunos trozos de pan y usó su cuchillo de bolsillo para cubrirlo con abundante queso. El pan estaba crujiente, el queso fuerte, una simple comida de campesino que le hizo recordar las montañas toscanas de su niñez. Parecía que Italia nunca iba a cambiar, dormitando en las tibias tardes de los siglos, bajo el suave tañido de miles y miles de campanas de iglesia, como aquellas que ahora repicaban a distancia. Ese mundo de fe yacía en la mano de Dios, los valles, aquellos surcos...

Con fogonazos agonizantes, el viejo autobús se acercaba por el camino, emitiendo chirridos de protesta cada vez que tomaba una curva. Para aumentar la afrenta, el conductor, apretado contra el volante como una araña, hizo sonar una penetrante bocina que destrozó la paz silenciosa de un momento antes.

Azorado, Birbante sacudió un puño a la parte trasera del autobús y maldijo mentalmente a su conductor. Sólo cuando se hubo aquietado con algo de vino, sólo entonces, se dio cuenta de qué manera se había permitido perder el control. ¡Había maldecido a ese hombre desconocido, a ese pobre hombre! El pensamiento fue tan eficaz como el hecho. Mientras luchaba con el tablero del automóvil sintió que el rostro se le cubría con un sudor que no tenia relación alguna con el calor. Tomando el pesado rosario de plata lo atrajo hacia sí y pidió perdón a Dios y al mismo tiempo Le suplicó que ignorara las blasfemias pronunciadas en un momento de cólera, pues en realidad no significaban nada. Y también entenderlo y perdonarlo porque era un ser humano y un cuerpo débil. Las plegarias lo calmaron y entonces descubrió que ese trabajo le estaba costando grandes sufrimientos, especialmente la última investigación que le habían asignado. Cuando regresara con Narciso les pediría a sus superiores una tregua, al menos un año, en algún apartado monasterio de montaña. Ellos se lo permitirían, ellos conocerían las presiones bajo las cuales debía trabajar.

Hacía tiempo que la aguja del cuadrante oscilaba requiriendo su atención; finalmente Birbante lo advirtió. Había estado tan inmerso en sus propios problemas que había olvidado su

trabajo. La lección era clara: sus propios padecimientos y penurias debían volver a su lugar, así como la comida y el vino. Un poco de ayuno y abstinencia le harían bien. Más tranquilo, hizo minuciosos ajustes en los controles y lanzó una mirada de reojo a las agujas.

"Estás allí, Narciso, no lejos de mí y tan temeroso como yo de la justicia de Dios. Estamos en Sus manos y yo voy a ayudarte."

El coche arrancó e inmediatamente se deslizó a gran velocidad camino abajo. Birbante controló su entusiasmo y disminuyó la marcha. La cacería había sido larga y unos pocos minutos no harían ninguna diferencia. Cuando el camino se convirtió en una recta entre los campos que precedían al pueblo, enfiló hacia un costado y controló nuevamente sus instrumentos. Una reacción violenta, continua, siempre hacia adelante. Te estoy buscando, Narciso.

Algunas sombras se habían alargado; era el único cambio en Chiomonte desde que él se alejara, horas antes. Ahora conducía lentamente a través del pueblo manteniéndose en el centro del camino y controlando las agujas con sumo cuidado. Habría una intensa oscilación cuando pasara junto a Narciso y entonces sabría dónde se hallaba e inmediatamente después lo habría capturado. Con la ayuda de Dios. Palpó la cruz a través de la camis a; las agujas no se movieron.

Entonces las casas quedaron atrás y empezó la campiña, altos viñedos polvorientos apretándose junto al camino. Su presa debía de estar en las afueras del pueblo, en alguna de las granjas solitarias. A cada instante la señal se hacía más débil y pronto perdería la definida precisión que necesitaba; todavía apuntaba hacia adelante, hacia el vacío que se precipitaba camino abajo. Birbante sintió un súbito indicio de temor y apretó a fondo el acelerador. No, así no. Para encontrar a su presa se necesitaba raciocinio, no pánico. Detuvo el coche e hizo algunos ajustes precisos. Nada. Pero tenia que haber algo. Frustrado, dio pequeños golpes sobre el tablero como si pudiera hacerlo vibrar para obtener la información que buscaba; entonces estalló en una carcajada.

"Tan simple, realmente". Puso el coche en marcha una vez más. "El autobús. Recibió la advertencia y huyó subiendo a aquel autobús. Eso es todo. El fin de nuestro viaje ya está cerca, Narciso."

Ahora el Alfa Romeo se desplazaba a gran velocidad. Manejaba bien y rápido, devorando las rectas, deslizándose en las curvas. En un minuto divisó el autobús y la nube de polvo que dejaba a su paso. Birbante frenó bruscamente y disminuyó la velocidad, situándose detrás del vehículo, controlando sus instrumentos. Sería un poco embarazoso hacer bajar al hombre de un autobús repleto, pero era posible hacerlo sin provocar demasiada confusión. Finalmente, no hubo necesidad. Al tomar una curva, tan cerca del autobús que podía ver las siluetas en las ventanillas de atrás, sus agujas se agitaron, cambiaron de posición y Birbante frenó.

Narciso ahora iba a pie, por algún lugar a la derecha del camino; la señal de su cerebro perturbado permitía localizarlo con precisión; debía de haber visto el coche que lo perseguía. Lentamente, marcha atrás, retrocedió hasta que estuvo a la altura de un sendero rocoso y ondulante que se internaba en la campiña. Aquí. Subió por él, lentamente aún, pero a mayor velocidad que la que cualquiera podía alcanzar a pie o corriendo. En la cima de una loma, un hombre solitario estaba sentado sobre una roca junto al sendero, vestido con la rústica cazadora de los campesinos y apoyado en un bastón. Birbante redujo la velocidad para preguntarle si había visto pasar a alguien, pero cuando el hombre volvió el rostro hacia él permaneció en silencio.

Por un momento se contemplaron mutuamente. Luego Birbante apagó el motor del coche así como también los instrumentos ocultos.

—Tú eres Narciso Lupori.—No era una pregunta.

Narciso asintió con un movimiento de cabeza, los ojos azul pálido en singular contraste con la piel amarronada .

—Tienes ventaja sobre mi.

—Padre Birbante.

—Tendría que sentirme halagado, el más grande cazador de herejes.

—Si me conoces, entonces deberías saber que no estoy aquí para conversar contigo, ni para ayudarte, ni para mantener otra reunión anticristiana. Será todo mucho más fácil para ambos si entras en ese coche y regresas conmigo ahora.

—Paciencia, Birbante, paciencia. Aún el criminal condenado tiene un momento para pensar, una última comida. Hasta nuestro Salvador tuvo una última cena.

—En tus labios Su nombre es una blasfemia. Vendrás conmigo y esto es el final de todo.

—¿Lo es? —Narciso sonrió, aunque parecía no tener muchos motivos—. ¿Qué harás conmigo si me niego? ¿Matarme?

Birbante suspiró y tomó un instrumento que estaba en el asiento de al lado.

—Sabes que no matamos a nadie. Somos cristianos en un mundo cristiano y trabajamos con amor para elevar a las criaturas que nos rodean. Este instrumento te apresará y entonces yo me veré forzado a llevarte conmigo aunque opongas resistencia.

Birbante levantó el objeto, un tubo de plástico negro con un asa y botones en un extremo, decorado con gusto con un serafín dorado, y apuntó a Narciso.

Se oyó un estallido violento y el vidrio de la ventanilla se hizo añicos y cayó sobre la tierra. Birbante miró la ventanilla destrozada y luego al objeto negro que Narciso tenia en la mano, el cual despedía un sinuoso hilo de humo.

—Tienes que reconocer esta pistola—dijo Narciso—. Has visto ilustraciones en los libros de historia. Puede perforarte con la misma facilidad con que perforó el coche. Ahora arroja ese penter en el asiento de atrás antes de que lo haga yo.

Birbante vaciló un momento, luego, cuando el arma estuvo a la altura de su cabeza, hizo lo que le habían ordenado. Se estremeció, pero permaneció en su lugar.

—No ganarás nada matándome. Yo estaré entre los santos y mártires y tú estarás todavía aquí, atrapado en este mundo imperfecto hasta que otros vengan a buscarte. No hay escapatoria. Arroja lejos de ti esa máquina diabólica y ven conmigo.

—No. Ahora apártate de ese coche para que no puedas cometer ninguna tontería y escúchame. Siéntate aquí para que podamos hablar. Ya puse la pistola a un lado.

—El Diablo todavía anda por este mundo —dijo Birbante, persignándose, mientras alisaba un parche de pasto seco antes de sentarse.

—Mucho mejor de lo que piensas. ¿No te sientes algo sorprendido al ver un arma como ésta, en esta época?

—Apenas. El año 1970 de Nuestro Señor es parte de nuestro oscuro pasado. Nada me sorprende.

—Tendrías que prestar más atención a nuestra historia. ¿No recibiste instrucciones sobre la era a la cual ibas a regresar?

—Suficientes. No somos los tontos que vosotros creéis en el Colegio de Inquisidores. Entre ambas eras hay sólo cuarenta y siete años. Vengo equipado; este coche es una réplica exacta de un modelo de la época.

—¡Ah! ¿Entonces lo trajiste contigo? Estaba por preguntarlo. Si conoces esta era tan perfectamente, sabes que es la Era de la Paz y que las Guerras Santas terminaron hace tiempo.

—Es verdad. Pero puesto que tienes esa arma, es evidente que hay pequeñas omisiones en los testimonios...

—¿O pías falsificaciones?

—¡Blasfemas!

—Por favor, discúlpame. Estoy tratando realmente de comunicarme contigo. Puesto que te han enviado tras de mí, supongo que sabes bastante acerca de mí, incluso por qué vine aquí.

—Así es. Eres el físico Narciso Lupori; en otros tiempos pertenecías a los Laboratorios del Vaticano en Castel Sant'Angelo. Eres un hombre de sorprendente inteligencia que tuvo en sus manos una gran responsabilidad, a pesar de no haber asumido el sacerdocio. Deberías haberlo hecho, y a causa de lo que has hecho las reglas serán más estrictas en el futuro. Nadie que no se haya ordenado en la Santa Iglesia tendrá tu responsabilidad. Fuiste tentado por algún demonio, por el Demonio y huiste a este lugar, y al pasado.

—¿Los sacerdotes pueden resistir mejor las adulaciones de Satán?

—¡Sin duda alguna!

—Y si te dijera que no hay ningún demonio, ningún Demonio detrás de mi, quizá ni Dios siquiera, en ninguna parte...

—¡Termina con esa blasfemia!

—Lo haré. Soy demasiado buen hijo de la iglesia como para decir en voz alta aún estas cosas que sé que son ciertas. Pero soy libre en otros aspectos, si es que no soy también libre de Él.

Dudaba, por si quieres saber, dudaba de todo, y por eso estoy aquí. Dudaba de que el hombre tuviera la obligación de ser sumiso, de procrear y poblar la tierra y de destruir las llamadas formas inferiores de vida. Dudaba si existe algún designio divino detrás de la orden de que ciertos campos de investigación son intocables para siempre, toda el área de la Física .

—Dios lo dispuso así.

—No, lo siento, lo hicieron los hombres. Papas y cardenales. Hombres. Hombres que creen en una sola cosa y que decidieron que el resto del mundo debe atenerse a lo que ellos creen. Son dueños de un raciocinio sofocado, de poder, libertad, ambición y lo sustituyen todo con una nube gris de piadosa santidad.

—No puedes tocarme con esas palabras. Eres tú quien arderá para siempre en el infierno por decirlas. Ven conmigo. Arroja el arma. Regresa a aquellos que te ayudarán a purificar la mente.

—Aquellos que borrarán todo recuerdo, todo pensamiento original, dejándome como un vegetal para ser plantado con firmeza en tierra santa hasta que envejezca y muera. No. No voy a regresar contigo. Y tengo la extraña sensación de que tú tampoco vas a regresar.

—¿Qué estás diciendo?

—Exactamente eso. El futuro del que ambos vinimos no existe, no existirá. No en este mundo de este presente. ¿Por qué piensas que regresé tan lejos? Los primeros experimentos eran sólo tentativas; y nada parecía andar bien cuando intentamos investigar el pasado en algo más que unos pocos meses. Pensé que entendía, tenía una teoría que ahora sé que es correcta. Por eso usé el equipo que conseguí para remontarme al pasado a través de los años, solo, sin nada más que la ropa que llevaba sobre mis espaldas, arrugada y retorcida por el viaje. Encontré trabajo, suficiente para comer y sobrevivir y para examinar los libros. ¿Has oído hablar alguna vez del Rey Enrique VIII de Inglaterra?

—¿Por qué me preguntas eso, con que objeto? No soy un estudiante de historia secular.

—No es importante. Una figura menor de la historia, muerto a causa de una caída de caballo en el vigésimo año de su reinado. ¿Pero debes haber oído acerca de Martín Lutero?

—Por supuesto. Un clérigo alernán, más tarde un hereje y agitador. Murió en la prisión, no recuerdo el año.

—1515. Lo sé bien. Entonces, ¿que dirías si yo te dijera que Lutero no murió en prisión —no en este mundo— que por el contrario se expresó en contra de la Madre Iglesia en 1517 y encabezó un movimiento que dio origen a una nueva Iglesia?

—Una locura.

—Ya veremos. ¡Y el buen rey Enrique viviendo para fundar su propia iglesia! Yo también pensé que era una locura cuando lo leí por primera vez, pero una locura impetuosa, liberadora. Este mundo no es el paraíso... ¡lejos de ello! Pero la libertad todavía existe y los hombres trabajan por el bien de todos. Tendrás que aprender a gustar de él; tú también porque tú y yo estamos atrapados aquí. El futuro. tal como lo conocimos, no existe para nosotros ni existirá. Algo ha producido este cambio, quizá las alteraciones ocasionadas por nuestra penetración en el

pasado sean la causa. Piensa Birbante perdiste por perseguirme, perdiste tu Iglesia y tu Dios, todo...

—¡Suficiente! ¡No sigas, mientes! —Birbante estaba de pie, las mejillas blancas. Narciso permanecía sentado, la cara retorcida en una sonrisa extraña.

—Te asusta, ¿no es verdad? ¿Si estás tan inquieto por qué no vas a ver? El gran transmisor temporal tiene que estar en el coche, pero tú tendrás el equipo de supervivencia sobre el cuerpo. Se le ordenó a todos los viajeros que los usaran. Ya no puedo hacer nada, no puedo escapar. Simplemente observa el dispositivo temporal y oprime el botón. Regresa a casa para ver cual de los dos está en lo cierto, luego vuelve aquí, una fracción de un instante después de tu partida. Yo estaré aquí, nada habrá cambiado. Excepto que tú conocerás la verdad.

Birbante estaba de pie, rígido, tratando de comprender, tratando de no creer. Narcico señaló la pistola silenciosamente? recordándole al otro la existencia de tales armas. Luego sacó del bolsillo un fragmento de un periódico, arrancado de la primera página de L'Osservatore, la publicación del Vaticano. A pesar suyo Birbante tuvo que leer los grandes titulares y mirar las ilustraciones. EL PAPA REZA POR LA PAZ, decía. PIDE A LOS HOMBRES DE TODAS LAS RELIGIONES QUE SE UNAN A ÉL EN UN DIA DE PLEGARIAS.

Profiriendo un grito áspero y sin palabras, el sacerdote le arrebató el papel y lo arrojó al suelo. Con el mismo movimiento sacó un instrumento de su bolsillo y tocó un botón.

Desapareció.

Narciso estaba sentado, los músculos rígidos, contando los segundos que transcurrían lentamente. Cuando boqueó en busca de aire se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¡Solo! —gritó, incorporándose de un salto—. No regresó. Soy libre. No regresó porque no puede regresar. Está en otro futuro, en otro pasado, Dios sabe dónde. No me preocupa. ¡Ya no tengo nada que temer de ellos! El acto de su partida me ha liberado de él para siempre.

Sacó el revólver del bolsillo, estremeciéndose con su contacto, y lo arrojó a gran distancia. ¡Cómo había practicado para apuntar y hacer fuego! Deseando que quienquiera que estuviese persiguiéndole jamás descubriera que él era tan incapaz de matar como ellos que habitaban otro tiempo y otro espacio. Con la yema de los dedos recorrió suavemente el reluciente guardabarros del automóvil.

Esto será mi fortuna y mi salvación. Puedo reproducir las celdas de la batería que lo alimenta e introducirlas aquí para reemplazar la infernal combustión de los motores que atormenta a esta gente. Si otros vinieran en mi búsqueda, incluso podría hacerlos desaparecer a través del tiempo. Aunque dudo que alguno tenga el valor de hacerlo cuando Birbante no aparezca.

Narciso se deslizó en el asiento y puso el motor en marcha, que susurró con silencioso poder.

"Entonces veré algo más que el pequeño rincón del mundo católico e italiano que conocí. Seré rico y viajaré. Aprenderé inglés e iré a las lejanas Américas donde gobiernan los ingleses y hablaré con los nobles mayas y aztecas en sus ciudades de oro. ¡Qué mundo maravilloso será este nuevo mundo!"

Puso los cambios, hizo girar el automóvil y lentamente desapareció de regreso, camino abajo.